

## IX

La comision de justicia popular, instituida por Couthon, se transformó á la llegada de Ronsin y de su ejército en tribunal revolucionario. A los dos dias de la llegada de aquellos cuerpos, compuestos más bien de lictores que de soldados de la república, las ejecuciones comenzaron, y continuaron sin interrupcion durante noventa dias. Ocho ó diez sentenciados por sesion morian, al salir del tribunal, sobre el cadalso, colocado constantemente frente á las gradas de la casa de ayuntamiento. El agua y la arena esparcidas todas las tardes despues de las ejecuciones alrededor de este sumidero de sangre, no bastaban á quitar las manchas del suelo. Un fango rojo y fétido, pisoteado sin cesar por un pueblo ávido de ver matar, cubria la plaza é infestaba el aire. En torno de este verdadero matadero de hombres sólo se respiraba la muerte. Las paredes exteriores del palacio de San Pedro y la fachada de la casa de la ciudad sudaban sangre. En las mañanas de las jornadas de Noviembre, Diciembre y Enero, que fueron los más fecundos en suplicios, los habitantes de aquel barrio veian elevarse del suelo empapado en sangre una nubecilla: ésta era la sangre de sus compatriotas inmolados el día anterior, la sombra de la ciudad que se evaporaba al sol. Dorfeuille, en vista de las reclamaciones de los vecinos de aquel distrito, se vió obligado á transportar la guillotina algunos pasos más léjos, situándola sobre un sumidero que estaba al descubierto. La sangre corria por medio de las tablas á un foso de diez piés de hondo, que la llevaba al Ródano con las inmundicias del barrio. Las mujeres que iban á lavar al rio se vieron precisadas á cambiar de sitio, para evitar que tanto sus ropas como sus brazos se tiñesen en un agua ensangrentada. En fin, cuando las ejecuciones, que se sucedian con tanta velocidad como las pulsaciones de un hombre irritado, se elevaron á veinte, á treinta y cuarenta por día, se colocó el instrumento mortífero en medio del puente Morand, sobre el rio. Se limpiaba la sangre y se arrojaban las cabezas y los troncos desde los pretiles á lo más rápido de la corriente del Ródano. Los marineros y los labradores de los islotes y de las playas bajas que cortan el curso del rio entre Lyon y el mar, encontraron por mucho tiempo cabezas y cuerpos de hombres encallados en aquellos islotes, atravesados entre los juncos y mimbreras de las orillas.

Aquellos supliciados eran casi todos de la flor de la juventud de Lyon y de las comarcas vecinas. Su edad era su crimen, y lo que les hacía sospechosos de haber combatido. Marcharon á la muerte con el ánimo de la juventud, como si marchasen al combate. En las cárceles, así como en los vivaes la víspera de las batallas, no habia más que un poco de paja sobre los ladrillos para que los presos reposasen algunos ratos. El peligro de comprometerse interesándose por su suerte ó de morir con ellos no intimidó ni á sus padres, ni á sus amigos, ni á sus sirvientes. El oro y las lágrimas que caian en las manos de los carceleros arrancaban entrevistas, conversaciones y despedidas supremas. Las evasiones eran frecuentes. La religion y la caridad, tan activas y tan valientes en Lyon, no retrocedian ni ante la sospecha ni ante el asco para penetrar en aquellos subterráneos y para cuidar á los enfermos, alimentar á los necesitados y consolar á los moribundos. Algunas mujeres piadosas compraban de los administradores y de los car-

celeros el permiso de entrar de criadas en los calabozos, llevando mensajes é introduciendo sacerdotes para auxiliar las almas y santificar el martirio; purificaban los dormitorios, barrían las salas, limpiaban los vestidos de la miseria, y enterraban los cadáveres; providencias visibles que se interponian hasta el último momento entre el alma de los presos y la muerte. Más de seis mil presos estuvieron á la vez en estos depósitos de la guillotina.



Fouché.

## X

Allí se hundió toda una generacion; allí se reconcentraron todos los hombres de condicion, de nacimiento, de fortuna y de opiniones distintas, que desde el principio de la revolucion habian abrazado partidos opuestos, y á los cuales la sublevacion comun contra la opresion reunió al fin en un mismo delito y en la misma muerte. Clero, nobleza, clase media, comercio, pueblo, todo se confundió allí. Ningun ciudadano contra quien pudiese elevarse un delator, un envidioso ó un enemigo, escapó de la cautividad. Pocos cautivos se libraron de la muerte. Todo el que tenia un nombre, una fortuna, una profesion, una fábrica, una casa en la ciudad ó en el campo, todo el que era sospechoso de participar de cualquier

modo de los bienes del rico, era preso, acusado, sentenciado y ejecutado con antelación en el pensamiento de los procónsules y de sus proveedores. Lo más escogido de una capital y de muchas provincias, como Bresse, Dombes, Forez, Beaujolais, Vivarais y el Delfinado, pasó por aquellas cárceles y por aquellos cadalsos. Los palacios, las casas de lujo, las manufacturas, las mismas habitaciones de los labradores tal cual acomodados, estaban cerradas en un radio de veinte leguas alrededor de Lyon. El secuestro pesaba sobre millares de propiedades. Los sellos tapiaban las puertas y las ventanas. La naturaleza parecía atacada del mismo terror que los hombres. La ira de la revolución había llegado á convertirse en azote de la cólera divina. Las pestes de la Edad Media no hubieran hecho más horroroso el aspecto de una provincia. En los caminos de Lyon á las poblaciones vecinas, y hasta en los de las aldeas y cabañas, no se encontraba sino á los destacamentos del ejército revolucionario forzando las puertas en nombre de la ley, visitando los sótanos, los graneros, las camas del ganado, sondeando las paredes con las culatas de los fusiles, ó llevando en carretas, encadenados de dos en dos, á los fugitivos, arrancados de sus asilos y seguidos de sus desconsoladas familias.

Así fueron conducidos á Lyon todos los ciudadanos más notables ó ilustres que Couthon había dejado escapar en los primeros momentos, tales como los regidores, alcaldes, municipales, administradores, jueces, magistrados, abogados, médicos, arquitectos, escultores, cirujanos, empleados en los hospitales y establecimientos de beneficencia, acusados de haber combatido ó socorrido á los combatientes, curado á los heridos, mantenido al pueblo insurrecto, ó hecho votos secretos por el triunfo de los defensores de Lyon. A éstos se añadían los padres, hijos, mujeres, hijas, amigos y criados, presuntos cómplices de sus esposos, de sus hermanos y de sus amos, culpables por haber nacido en aquel suelo y por haber respirado el aire de la insurrección.

Cada día el escribano de la cárcel leía en alta voz en el patio la lista de los presos llamados al tribunal. La respiración parecía detenerse durante estos momentos. Los designados abrazaban por la última vez á sus amigos y distribuían sus camas, sus ropas, sus vestidos y su dinero á los que les sobrevivían. Formábanlos en una larga fila de sesenta á ochenta en el patio de la cárcel, y los llevaban así por medio de la multitud hasta el tribunal. El espacio del pretorio y las fuerzas del verdugo eran los únicos límites del número de presos que debían sacrificar diariamente. Los jueces eran casi todos forasteros, para que sentenciasen sin compasión ni temor á una responsabilidad futura. Aquellos cinco jueces, de corazón humano cada uno en particular, obraban reunidos como si fuesen un instrumento mecánico de asesinatos. Observados por una multitud recelosa, temblaban ellos mismos, dominados por el terror con que herían á los demás. Su actividad, sin embargo, no bastaba á Fouché y Collot-d'Herbois. Estos representantes habían prometido á los Jacobinos de París prodigios de rigor. La lentitud del juicio y del suplicio les acusaba de haber tomado medidas á medias. Las jornadas de Setiembre se presentaban á su vista como un ejemplo de imitación, y querían sobrepasarlas regularizándolas al mismo tiempo. Dorfeuille escribió á los representantes del pueblo: «Se prepara un gran acto de justicia nacional; será de naturaleza que espante á los siglos venideros. Para dar á este acto la majestad que debe caracterizarle, para que sea grande como la historia, es necesario que los administradores,

los cuerpos del ejército, los magistrados del pueblo y los funcionarios públicos asistan á él, cuando ménos por medio de una diputación que los represente. Quiero que este día de justicia sea un día de fiesta, y he dicho de fiesta, porque éste es el nombre más adecuado que puede dársele. Cuando el crimen baja al sepulcro, la humanidad respira, y ésta es la fiesta de la virtud».

## XI

Los representantes ratificaron los planes de Dorfeuille, y el suplicio en masa reemplazó al suplicio individual. Al siguiente día de esta proclama, sesenta y cuatro jóvenes de las primeras familias de la ciudad fueron extraídos de las cárceles y se les condujo con una solemnidad inusitada á la casa de la ciudad, en la que un breve interrogatorio los confundió á todos en pocos momentos en una misma sentencia. Desde allí marcharon procesionalmente hácia las orillas del Ródano, atravesando el puente, y dejando atrás la guillotina como un arma mellada.

Al otro lado del puente, en la llanura baja de Brotteaux, habían excavado en el suelo fangoso una trinchera doble, ó por mejor decir, un doble foso entre dos filas de sauces. Los sesenta y cuatro sentenciados, encadenados dos á dos por las muñecas, fueron colocados en columna en esta alameda al lado de su sepulcro, que estaba ya abierto. Tres cañones cargados ocupaban el extremo de la avenida á la cual daban frente los sentenciados. A la derecha y á la izquierda, unos destacamentos de dragones con sable en mano, parecía que esperaban la señal de dar una carga. Sobre los montones de la tierra extraída de los fosos estaban agrupados, como en las gradas de un anfiteatro, los miembros más exaltados de la municipalidad, los presidentes y los oradores de los clubs, los funcionarios públicos, las autoridades militares, el estado mayor del ejército revolucionario, Dorfeuille y los jueces. En un balcon de uno de los palacios confiscados en el muelle del Ródano, Collot-d'Herbois y Fouché, con el anteojo en la mano, parecía que estaban presidiendo aquella solemnidad del exterminio.

Las víctimas cantaban en coro el himno que ántes les había animado al combate, y parecía que buscaban en la letra de este canto supremo el aturdimiento del golpe que iba á terminar su existencia:

¡Morir por su patria  
Es la suerte más hermosa y digna de envidia!

Los artilleros escuchaban con las mechas encendidas á aquellos moribundos que cantaban su propia muerte. Dorfeuille dejó que las voces acabasen lentamente las graves modulaciones del último verso, y despues, levantando la mano y haciendo la señal convenida con los jefes de las piezas, se oyeron tres detonaciones á la vez. El humo envolvió las piezas y ocultó por un momento la calzada; los tambores ahogaron los alaridos de las víctimas con un prolongado redoble; la multitud se precipitó para contemplar el efecto de la carnicería. Se habían engañado los artilleros. La ondulación de la fila de los sentenciados había dejado huecos por donde pasaron las balas. Veinte presos solamente habían caído muertos por los disparos, arrastrando en su caída con el peso de sus cuerpos á sus compañeros aún vivos, asociándolos á sus convulsiones é inundándolos con su sangre. Millares de gritos,

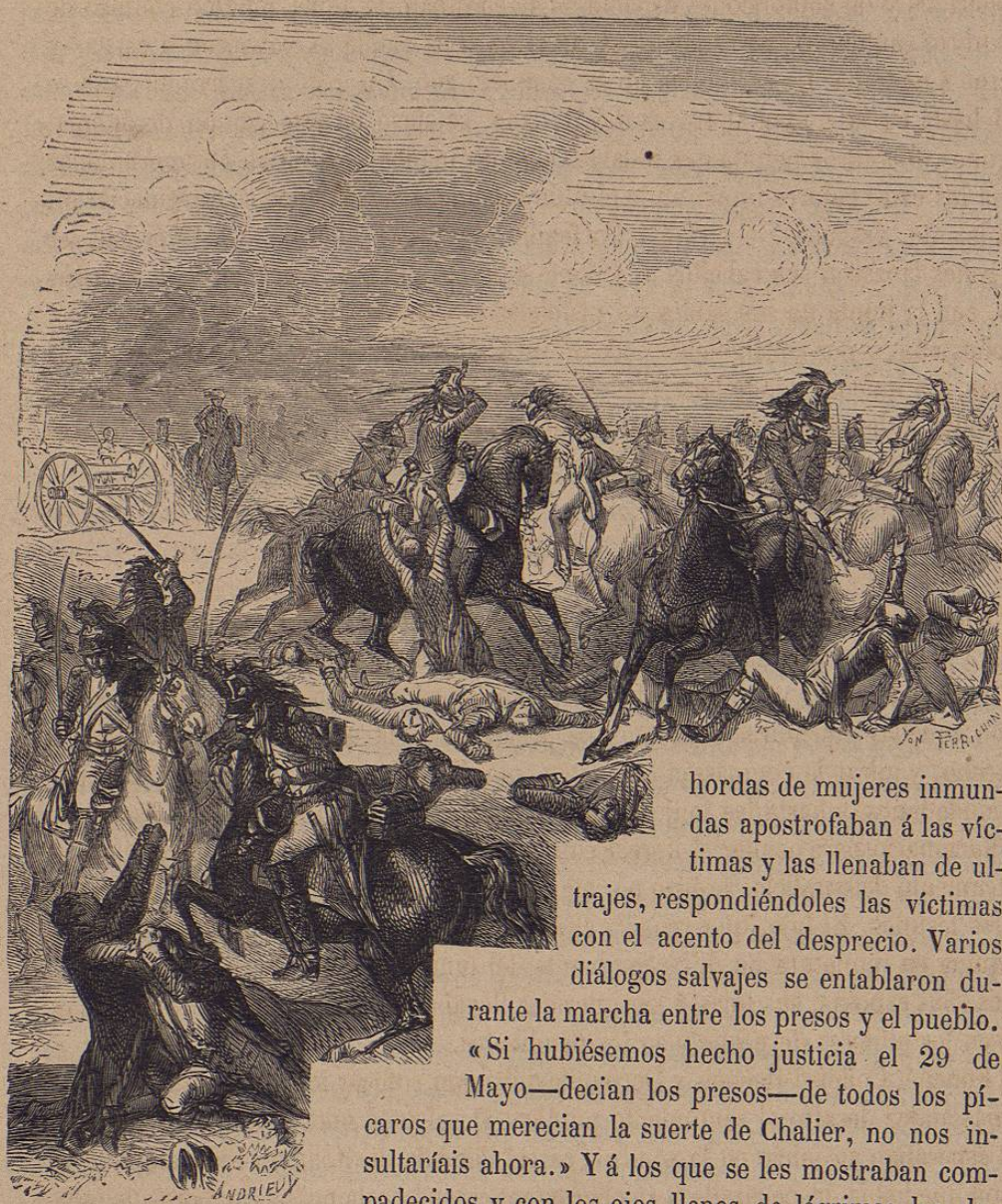
de alaridos y de contorsiones espantosas se elevaban de aquel monton confuso de miembros mutilados, de cadáveres y de vivos. Los artilleros volvieron á cargar y tiraron á metralla. La carnicería no se completó aún. Un grito desgarrador, que se oyó hasta en la ciudad al traves del Ródano, se elevó de este campo de agonía. Algunos miembros palpitantes todavía, algunas manos se dirigian ensangrentadas hácia los espectadores implorando el último golpe. Los soldados se estremecieron. «¡Adelante, dragones! —exclamó Dorfeuille.—¡Cargad ahora!» A esta órden, los dragones lanzaron sus caballos al galope sobre la calzada, y acabaron, horrorizados, con la punta de sus sables y á pistoletazos á los moribundos. Estos soldados, bisoños aún, y por consiguiente poco diestros en el manejo de los caballos y de las armas, y á quienes repugnaba por otra parte el infame oficio de verdugos que se les obligó á desempeñar, prolongaron más de dos horas involuntariamente las escenas lúgubres de aquellos asesinatos y de aquellas agonías.

## XII

Un sordo murmullo de indignacion acogió en la ciudad la relacion de este suplicio. El pueblo se creía deshonrado y se comparaba él mismo á los tiranos más nefastos de Roma y á los verdugos del día de San Bartolomé. Los representantes sofocaron aquellas murmuraciones con una proclama en la que se mandaba aplaudir el hecho, y mirar la compasion como una complicidad con los sentenciados. Todos los ciudadanos, y hasta las mujeres más elegantes, afectaron entónces el rigorismo revolucionario para ocultar el horror con la máscara de la adulacion. La guillotina, instrumento del suplicio, se hizo por algunas semanas un adorno cívico y un ornato de los festines. El lujo, que renacia alrededor de los representantes, hizo de esta máquina en miniatura un dije repugnante del mueblaje ó del adorno de los jacobinos. Sus esposas, sus hijas ó sus queridas llevaban unas guillotinas pequeñitas de oro en los alfileres de pecho y en los pendientes.

Fouché, Collot-d'Herbois y Dorfeuille quisieron sofocar los remordimientos con el más audaz desafío al sentimiento público. Doscientos nueve lyoneses encarcelados esperaban su juicio en la sombría cárcel llamada de Roanne. El estampido del cañon que habia despedazado á sus hermanos resonó hasta en los calabozos de estos presos, que se prepararon á morir, pasando la noche unos en rezar, otros en confesarse con algunos sacerdotes disfrazados, y los más jóvenes, en dar el último adiós á su juventud y á la vida en libaciones y en cánticos en desprecio de la muerte. Collot-d'Herbois fué á visitar por la noche el archivo de aquella cárcel, y oyendo las voces, dijo: «¿De qué temple es esta juventud, que canta así su agonía?»

A las diez de la mañana se formó un batallon delante de la puerta de la cárcel de Roanne, en el muelle del Saona. Aquella puerta de hierro se abrió y dejó libre el paso á los dos doscientos nueve ciudadanos. El escribano los contaba con la mano al pasar, como si fuesen un rebaño de corderos destinados al consumo del día. Iban atados de dos en dos. Esta larga columna, en la que cada cual reconocia un hijo, un hermano, un pariente, un amigo ó un vecino, se adelantó con paso firme hácia la casa de ayuntamiento. Los últimos saludos, los abrazos simulados, las miradas afligidas y tiernas y las despedidas mudas les fueron dirigidas desde las ventanas, desde las puertas y á traves de la fila de bayonetas. Algunos jacobinos y várias



Matanzas en Lyon.—Pág. 228.

hordas de mujeres inmundas apostrofaban á las víctimas y las llenaban de trajes, respondiéndoles las víctimas con el acento del desprecio. Varios diálogos salvajes se entablaron durante la marcha entre los presos y el pueblo. «Si hubiésemos hecho justicia el 29 de Mayo—decían los presos—de todos los pícaros que merecian la suerte de Chalier, no nos insultaríais ahora.» Y á los que se les mostraban compadecidos y con los ojos llenos de lágrimas les decían: «No lloreis por nosotros: por los mártires no se llora».

La sala de las sesiones era demasiado pequeña para contenerlos, y se les juzgó á cielo descubierto, bajo las ventanas de la casa de la ciudad. Los cinco jueces, con el traje y con el aparato de sus funciones, aparecieron en un balcon, se hicieron leer la lista de los nombres de los acusados, aparentaron deliberar, y pronunciaron la sentencia general; formalidad de muerte que cubria el asesinato en masa con la hipocresía de un juicio. En vano se oyeron reclamaciones individuales y protestas de patriotismo entre aquellas doscientas víctimas, que ora se dirigian hácia los jueces, ora hácia el pueblo; los jueces inflexibles y sordo el pueblo, no respondieron sino con el silencio ó con el desprecio. La columna, empujada por los soldados, volvió á ponerse en marcha hácia el puente Morand. A la entrada del puente, el oficial que mandaba la escolta contó los presos para cerciorarse de que ninguno se habia escapado en la marcha; en lugar de doscientos nueve, halló doscientos

diez. Eran, según esto, más los que había presentes que los que habían sido sentenciados. ¿Cuál era el inocente? ¿Cuáles eran los culpables? ¿Quién iba á morir sin ser juzgado? El oficial conoció el horror de su situación, mandó hacer alto á la columna, y dió parte de sus dudas á Collot-d'Herbois. La solución de aquel escrúpulo exigía un nuevo exámen; éste hubiera dilatado la muerte de los doscientos nueve; el pueblo estaba impaciente, y la muerte esperaba. «¿Qué importa uno más?—respondió Collot-d'Herbois.—Más vale uno de más que uno de ménos. Por otra parte,—añadió para lavarse las manos de este asesinato,—el que muera hoy no morirá mañana. ¡Que concluyan!»

El supernumerario del suplicio era un jacobino acérrimo que lanzaba gritos horribles, protestando en vano contra aquel error.

## XIII

La columna volvió á emprender su marcha cantando:

¡Morir por su patria, etc.

Las estrofas, cantadas con voz marcial por aquellos jóvenes, hacían marchar á la columna á compás. Al llegar á los sauces de la calzada estrecha, regada aún con la sangre del día anterior, se detuvo la columna. Las zanjas, ménos profundas y cubiertas de tierra recientemente removida, atestiguaban que estaban esperando aún nuevos cadáveres. Amarrado á los sauces había un cable, y á él fueron atados uno á uno los sentenciados por la cuerda que sujetaba los brazos á la espalda. La tropa estaba situada á cuatro pasos de distancia, habiendo tres soldados frente á cada uno de aquellos infelices, y la caballería en pelotones á retaguardia. A la voz de fuego, los seiscientos treinta soldados dispararon á la vez tres tiros sobre cada condenado. Una nube de humo envolvió por un momento aquella escena, pero disipándose en seguida, dejó ver al lado de los cadáveres tendidos en el suelo ó suspendidos de la cuerda más de cien jóvenes que aún se sostenían en pié; los unos, con la vista extraviada, parecían petrificados por el terror; los otros, heridos, suplicaban á sus verdugos que los acabasen de matar; algunos, desatados por haber pegado el tiro en la cuerda que los sujetaba al cable, se arrastraban por el suelo ó huían, cayendo y tropezando por entre los árboles. Consternados los espectadores y enternecidos los soldados, miraban á otro lado para dejarlos escapar. Grandmaison, que presidía en aquel día la ejecución, mandó á la caballería que persiguiese á los heridos. Alcanzados por los dragones y despedazados á sablazos, cayeron todos á los piés de los caballos. Uno solo, llamado Merle, corregidor de Macon, patriota, pero adicto á la Gironda, consiguió arrastrarse, aunque perdiendo mucha sangre, hasta los cañaverales del pantano. Los dragones que le perseguían cambiaron de dirección, conmovidos y fingiendo que no le habían visto. El fugitivo siguió corriendo hácia el río, y al ir á arrojar en un bote para entrar sin ser notado en la ciudad, un grupo de jacobinos inhumanos le reconoció por la sangre que vertía de sus heridas, y le arrojó vivo en el Ródano. Este desgraciado sufrió la doble muerte del agua y del fuego.

Los soldados acabaron con repugnancia á culatazos y con las bayonetas á las víctimas espirantes que estaban en la calzada. La noche, que iba acercándose,

ahogó sus últimos gemidos. A la mañana siguiente fueron á enterrar los cadáveres, y aún hallaron vivos á algunos de aquellos hombres. Varios sobrevivieron á los golpes que habían recibido, y los trabajadores concluyeron de matarlos con las azadas ántes de cubrirlos con el barro sangriento del foso. «Hemos reanimado—escribía aquella tarde Collot-d'Herbois á la Convención—la acción de una justicia republicana, es decir, pronta y terrible como la voluntad del pueblo. Esta debe herir como el rayo, y no dejar más que cenizas.» La revolución había encontrado sus Atilas.

## XIV

Monthrison, Saint-Etienne y Saint-Chamond, todas estas colonias lyonesas, eran teatro de iguales atrocidades, y no les faltaban víctimas que sacrificar. El representante del pueblo Javogues había establecido la guillotina en Feurs. Un tribunal revolucionario dirigido por él; imprimía al instrumento del suplicio la misma actividad que en Lyon. Las provincias riberanas del Alto Loira se habían deshecho de toda la sangre aristócrata, federalista ó realista que en ellas había, y que la guillotina hacía correr á torrentes. Esta, como en Lyon, pareció demasiado lenta. El fuego del rayo reemplazó al arma blanca del suplicio. El magnífico paseo de tilos de la avenida del castillo del Rosal, sitio de recreo en todas las fiestas de la ciudad de Feurs, se convirtió en lugar de ejecución, como los sauces fúnebres de Brotteaux. Se llegó á fusilar allí hasta veintidos personas por día. La misma impaciencia de muerte parecía poseer á los verdugos y las víctimas: los unos tenían el frenesí del asesinato, y los otros un entusiasmo indefinible por morir. El horror de vivir había extinguido el que causa naturalmente la muerte. Los jóvenes y los niños pedían que se les permitiese acompañar á sus padres ó á sus parientes al sepulcro y ser fusilados con ellos. Todos los días tenían que negar los jueces aquellas peticiones de la desesperación que imploraban el suplicio para evitar otro más cruel, cual era el vivir en medio de tantos horrores. La barbarie de los procónsules no aguardaba á que hubiese crimen, lo prejuzgaba por el nombre, por la educación ó por el rango. Hería por los crímenes futuros, adelantándose á los años; sacrificaba á la infancia por las opiniones que pudiera tener con el tiempo, á la vejez por sus opiniones anteriores, y á las mujeres por el delito de su ternura ó de sus lágrimas. El luto estaba prohibido como en tiempo de Tiberio; muchos fueron supliciados por haber manifestado tristeza en su semblante ó por haberse vestido de negro. Los sentimientos de la naturaleza llegaron á ser un motivo de acusación. Para ser puro, era necesario haberla repudiado; todas las virtudes estaban en sentido inverso de como las había comprendido hasta entonces la humanidad. El jacobinismo de los procónsules de Lyon había trastornado los instintos de los hombres; el falso patriotismo había destruido la humanidad. Varios rasgos sublimes y patéticos brillaron, sin embargo, en aquellas saturnales de la venganza. El alma se elevó á la altura de aquellos dramas, y el heroísmo resplandeció en todas las edades y en todos los sexos. El amor desafió á los verdugos y reveló tesoros de ternura y de magnanimidad.